

MURIENDO PARA VIVIR

Alma Diana León Ceja

Mi nombre es Alma Diana. Mi edad es de treinta y tres años y somos dos hermanos, él es cinco años mayor que yo. Mi madre murió cuando yo tenía cinco. De ella sólo recuerdo la última Navidad que pasó con nosotros. Aunque eso sólo lo sabía Dios y el destino. Recuerdo ese 24 de diciembre de 1982 como si hubiera sido ayer. Mi madre, una mujer delgada, morena clara, entraba por la puerta de ese pequeño departamento donde yo vivía con mis padres y mi hermano mayor. Recuerdo un suero sostenido por un fierro enorme y a ella con una pequeña mascarilla de oxígeno y un tanque. A esa edad no me atreví a preguntar qué era todo eso que a mi madre le colgaba. Sólo quería un abrazo y estar a su lado, y así fue, aunque pocas horas. Me sentó en sus piernas y me dijo: “Muy pronto ya no me separaré de ti”. Nos dio un gran abrazo a mi hermano y a mí y dos hombres con batas verdes la subieron a una ambulancia. Ésa sería la última vez que la vería con vida.

Cuatro días después la volví a ver dentro de una gran caja gris. Alguien me dijo que estaba dormida, pero que nunca me dejaría. Yo gritaba: “¡Despierta! ¡Vámonos! Hay mucha gente aquí y toda llora. Tengo sueño, ¡vámonos!, ¡levántate ya!” , pero no despertó. Un hermano de ella me abrazó y me dijo que todo estaría bien, pero yo no lo pensé así porque mi hermano, de ser tan grosero y desobediente y muy malo en la escuela, estaba ahí abrazado de esa caja diciéndole que ya se portaría bien y que sería el mejor

estudiante, pero que no se fuera. Mi padre lo sacudió fuertemente y le dijo: “¡Ya cállate! Murió ¿entiendes? Jamás la volveremos a ver, imurió!” “¿Qué era eso?”, me preguntaba a mi corta edad.

Pasaron los días y veía a mi padre llorar, lo mismo que a mi hermano, y yo buscaba a mi madre. Crecí, y mi padre siempre decía que mi abuela, la madre de él, era mi madre. Sin embargo, yo siempre le contestaba que no, que mi madre era otra. Le preguntaba qué era lo que pasaba. Para ese entonces ya tenía siete años y mi vida con ellos no era fácil. Me sentía sola y sin ninguna respuesta. Estudié la primaria en el Distrito Federal. Mi padre se volvió alcohólico. Cada viernes tomaba mucho, según decía, para olvidarla, y a mi hermano y a mí nos desatendía. En ese tiempo mi abuela me decía: “Tú eres la mujer de la casa. Debes lavar, hacer de comer y atender a tu padre y a tu hermano”. Yo era de carácter fuerte al haber crecido esos doce años sin amor, y ahora me querían delegar responsabilidades que no estaba dispuesta a cumplir ¿por qué? Porque no era mi culpa que mi madre hubiera muerto.

Así, a los trece años, una tía, hermana de mi padre, de nombre Yolanda, platicaba a veces conmigo y me decía: “Ya casi serás una mujer y debes saber y entender muchas cosas que ya es tiempo que sepas. Tu madre murió, como sabes, y nadie será como ella, pero yo voy a tratar de guiarte si tú te dejas”. Accedí porque la veía tan linda, tenía tanta ropa, zapatos, muchos perfumes y todo tipo de maquillajes. Dentro de mí pensaba que sería como ella cuando fuera grande, tendría todo lo que nunca tuve. Ella era quien, a veces, me compraba lo que necesitaba, aunque eso no era siempre. Nunca superé la pérdida de quien me dio la vida, ni siquiera hoy que estoy escribiendo esto. Mi tía platicaba conmigo, pero era muy dura. Me decía: “No seas débil, no llores, porque la gente es mala y se aprovechará de ti. No permitas que nadie te toque”. Yo le pregunté: “¿A qué te refieres? Mi papá me toca y me dice que es su forma de demostrarme su cariño”. De inmediato

buscó a mi padre y lo golpeó, se pelearon y mi tía me dijo: “Si te vuelve a tocar, idímelo!”

Entré a la secundaria con sólo tres brasieres y tres pantaletas; un solo par de zapatos y de tenis al año porque, según mi padre, no había para más, pero el gastaba mucho en su vicio y yo se lo reprochaba. Nunca me pegaba, pero sentía su desamor. En la escuela peleaba constantemente. Cada 10 de Mayo era un mal reporte porque no hacía los trabajos para regalar a mamá. ¿Para qué? ¡Yo no tenía mamá! Mi padre siempre se quejaba de mí y no vacilaba en hacer comparaciones con mi hermano. En fin, todo lo malo venía de mí y era por mí y para mí. Decía: “¡Eres un dolor de cabeza!”

Obviamente, para entonces mi cuerpo ya había cambiado y un día me di cuenta de que mi padre me espiaba cuando me bañaba. Se lo dije a mi hermano, pero no me hizo caso y, en vez de eso, me dijo que estaba loca. Cada viernes me encerraba en mi cuarto con miedo de que mi padre entrara y me tocara, y tener que soportar su maldito aliento a alcohol. Una noche de esas mi hermano lo vio entrar a mi recámara. Sentí sus manos otra vez en mi cuerpo y lloraba. Mi hermano encendió la luz y gritó: “¡Déjala! ¡Eres un puerco!” Abracé a mi hermano. En verdad no sabía qué hacer.

Estaba por terminar la secundaria y mi hermano trataba de convencerme de que lo mejor era que me fuera de ahí, que él trataría de conseguirme algo de dinero, pero que mi padre no debería acercarse de nuevo a mí. Teníamos una vecina de nombre Elizabeth que era muy buena conmigo, además de ser novia de mi hermano. El día de mi graduación mi regalo fue un sobre con el dinero necesario para que me fuera. Ella me dijo: “Ésta es tu salvación, vete y jamás regreses”. Agarré un poco de ropa, unas fotografías de mi madre y tomé un taxi. Diría adiós a los maltratos y abusos de mi padre. Subí a un autobús con un sobre que traía la dirección de los padres de mi madre. No tenía ni la menor idea de cómo sería mi vida a partir de ese momento ni del lugar al que me dirigía; sólo quería una cosa: *ser feliz*. ¿Y por qué no?

Fantaseando un poco, soñaba con tener una casa, un perro, un gato y todo cuanto no había tenido y, quizá, si tenía algo de suerte, hasta un poco de cariño.

Ahí estaba yo, frente a unos desconocidos, pero me recibieron bien. Les pedí ayuda y no me la negaron, por el contrario, me apoyaron y de inmediato fui a la escuela. Estaba rodeada de muchas mujeres, todas hermanas de mi madre. Siempre me decían que ahí estaría mejor que con mi padre. Tenían un negocio familiar en el que ganaban buen dinero. En realidad, no me hacía falta nada. Estudié en el CBTIS de Jiquilpan y ahí conocí al que más tarde sería el padre de mis dos grandes y únicos amores, mis hijas Michelle y Lidia. Santiago estaba a punto de terminar la escuela, pues era cuatro años mayor que yo, me ayudaba con mis tareas y era muy educado y atento. Nos hicimos muy buenos amigos y me presentó a varios conocidos suyos. Me incluyó en su círculo de vida y en su corazón. Él fue mi primer novio, mi primer beso, el primero en todo. Seis meses después ya estaba embarazada. Tenía dieciséis años. Me encontraba realmente confundida porque eso no estaba en mis planes de vida. En fin, dos semanas después me casaba por el civil. Uno de los días más tristes de mi vida. ¿Por qué? Porque no realizaría todos mis anhelos, ilusiones y sueños y, por si eso fuera poco, no sabía lo que sería de mí en una casa desconocida, con una suegra nefasta que, para variar, no me había visto bien nunca y contribuyó a que mi relación con Santiago no funcionara, además del hecho de ser tan jóvenes. No resultó, sólo duró tres años. Tuve que tomar grandes decisiones, como dejar a mis hijas en manos de esa mujer que, a la fecha, se encarga de envenenarlas.

Me fui a México a vivir con mi hermano; a buscar una buena vida sin olvidar a mis hijas. A partir de ese momento nada sería fácil, encontraría obstáculo tras obstáculo. Mi hermano era demasiado estricto, y yo, con una derrota a cuestas, siempre tenía en mente a mis dos pequeñas. Con cada niño que veía por la calle, o con mis propios sobrinos, no podía evitar romper en llanto. En

México, con un ritmo de vida muy rápido, cada quien está en sus cosas todo el tiempo. Me cuidaba por aquello de los asaltos y esas cosas cotidianas de una gran ciudad. Trabajé con una amiga de mi hermano, Lorena, como capturista. Ahí conocería a un hombre que dejó huella en mi vida, Fernando, profesionista, de buenos sentimientos, pero con un gran defecto: era casado en vías de divorcio. No niego que me ilusioné, pero esa relación duró muy poco tiempo, pues no pudo divorciarse por un bebé que venía en camino. Decidí no tomarme tan en serio las relaciones que tuviera, después de todo. Mi fijación serían mis hijas y progresar. Pero habría otro cambio más en mi vida: nos mudaríamos a Toluca, porque mi hermano había comprado una casa ahí. Él decía: “Casa nueva, vida nueva”. Empezaría a trabajar en una empresa de telefonía que se encontraba en expansión y buscaban un supervisor en esa zona. Reunía todos los requisitos y, sí, sería yo quien se haría cargo de esas ocho tiendas. Conocí nuevas responsabilidades. Debía ahorrar para enviar dinero a mis bebés y viajar a verlas. Después conocí a un hombre maduro, nueve años mayor que yo: Edmundo, divorciado, con dos hijos de un matrimonio muy fallido. Pasados los años me propondría matrimonio. ¿Por fin sería feliz? Era demasiado bueno para ser verdad. Otra vez me ilusionaba con un vestido blanco y una pequeña fiesta: casarme con el hombre que, según yo, quería; todas esas cursilerías con las que las mujeres siempre soñamos. Pero no, la historia sería distinta: me dejaría plantada, destrozándome el corazón. Yo, que me había dicho a mí misma que a nadie tomaría en serio, lloré en mi habitación al lado de mi cuñada, que era mi única amiga, y recogí los pedazos que quedaron de mí.

Tomé otra decisión: dejar a mi hermano y a su familia. Debía emprender otro camino sola, cargar conmigo misma y aprender a valorar lo poco o mucho que pudiera tener, pero con mi esfuerzo. Dolía, pero no podía ser más grande mi dolor que el deseo de algún día tener una casa, un trabajo que disfrutara, que lo hiciera con

amor y verdadera vocación. Así estuve, a veces sin tener qué comer o durmiendo en las calles, pensando en lo que vendría después. Un día, sentada en la banca de un parque, me tocó ver algo que marcaría mi rumbo a seguir, hablando laboralmente: un asalto bancario. El ver caer a dos policías y a un civil, y la total impunidad en que eso ocurrió, me abrieron los ojos: yo debía ser policía y ayudar a la comunidad. Qué mejor lugar que en el estado que me vio nacer, Michoacán. Así, tocando puertas, lo logré. Fui aceptada después de mucho sacrificio, y con el apoyo de mi gran amigo Raúl, no regresaría derrotada.

Aquí es donde comienza la historia de una mujer policía responsable, pero muy torpe en eso que llaman *amor*.

Ésta es mi historia. Tal vez una más de una mujer maltratada, humillada hasta el límite, pero sobre todo de una que, a pesar de todo, se mantiene firme y posee el tesoro más grande que puede tener un ser humano: lealtad, honor y justicia. Algo que en la vida y en mi formación como servidor público en Michoacán me sirvió cuando era libre, y aun aquí, en el menoscabo moral en que a veces vivo, me alienta a seguir día a día, en la espera de que una persona sea justa y analice bien mi situación legal, por cierto nada sencilla por aquello de la llamada burocracia, las normas del buen vivir y los códigos de honor. Pero una mujer policía como lo era yo, con una antigüedad de casi nueve años de servir a mi comunidad, con una carrera policial que de verdad gozaba, quería progresar sin importar cuánto tiempo me tomara. Aguanté abusos, trabas, extorsiones, por si acaso no hacía bien las cosas, al pie de la letra. Nada más porque “alguien” tenía una estrella en el hombro. Soporté las diferencias que mis superiores, todavía en pleno siglo XXI, hacían entre hombre y mujer, tarea nada sencilla para cualquier elemento mujer. Sin embargo, jamás desfallecí; libré cada obstáculo que cualquier civil o compañero me ponían, claro, sin que faltara alguno que otro jefe. Avancé paso a paso, alejada

de lo único que tengo y, ahora me doy cuenta, lo más valioso que tiene una mujer: sus hijos. Estuve alejada por muchos años de mis hijas. ¿El motivo? Su estabilidad. Por mi trabajo como policía estatal preventivo, tenía que ir de comisiones y constantemente andar de municipio en municipio, pero siempre con el gusto de servir. Me ocupaba poco de mí, de si descansaba o no. Al final, el descanso no tenía con quien compartirlo, ése era el precio que pagaría por hacer lo que tanto me gustaba, aquello que erróneamente algunos etiquetan como prostitución. Nunca busqué involucrarme emocionalmente con nadie del medio, pues tenía una imagen que cuidar, pero sobre todo un compromiso conmigo misma. Cuando llegara eso que llaman el “verdadero amor”, me entregaría en cuerpo y alma y sería la mejor mujer para esa persona con la que soñaba compartir hasta el último de mis días, envejeciendo juntos. Obviamente, con los problemas propios de una relación, pero pensando que el amor todo lo superaría. ¡Oh!, gran error.

En algunas ocasiones me sentí muy sola y llegué a pensar que tal vez nadie se acercaba a mí con buenas intenciones por ser policía o, quizá, porque mi uniforme no me hacía lucir muy femenina o, tal vez, por el exceso de peso que tenía en ese tiempo. En fin, creo que como mujer no me di el valor ni el amor propio necesario para que una relación funcionara de manera sana y nadie me lastimara. Cada cambio de lugar (de adscripción a otra delegación) implicaba gastos, a veces inesperados, pero eran órdenes y debían cumplirse. No importaba la distancia o si tenía o no para realizar esos gastos. Cuando me di de alta como policía estatal, jamás mencioné a mis hijas; ellas siempre han radicado en el municipio de Sahuayo. Pensé que regresaría, pero, la verdad, no era bueno para mí tener roces con el padre de mis hijas, del que ya hace once años me separé, precisamente por falta de amor y respeto. Él ya había hecho su vida nuevamente, dejando en el total olvido a sus dos únicas hijas.

Un mal día me dejé llevar por un comandante de la Delegación de Tránsito de Sahuayo. Coincidimos en unos cursos que se llevaban a cabo en la academia regional, sin duda algo muy interesante por la convivencia con todo tipo de policías de la región del occidente de la República. En ese tiempo laboraba en el municipio de Zinapécuaro, bajo las órdenes de un delegado joven e inexperto y muy especial en su forma de trabajar. Lo protegía su padre por si acaso se metía en problemas, lo cual era muy a menudo. Llevaba buena relación con altos directivos de Morelia, por lo que no le preocupaba tanto lo que pasara. Sinceramente, ya para entonces yo no me sentía bien trabajando con alguien así, era tiempo de tomar otra decisión difícil.

Ya como perito en hechos de tránsito, el comandante de Sahuayo me ofrecía seguir allá y estar cerca de mis hijas. No lo pensé mucho y le dije que sí. Después de todo, ¿qué podía perder? ¡Ah! ¡Qué ironías de la vida! Perdería lo más valioso que tiene un ser humano: la libertad de ir y venir a placer, la decisión de estar o no estar, mi trabajo y todo. Mi vida ahora está entre cuatro paredes y un pequeño patio.

Llegué a Sahuayo un 11 de noviembre con el dinero necesario para pagar la renta de una casa y la mudanza. Mis compañeros ya me conocían, pero en realidad no les agradaba mucho la idea de tener que trabajar con una mujer, y menos con una de carácter fuerte y decidido como el mío. La consigna era reclutar gente para los nuevos Centros de Protección Ciudadana. En el centro de este municipio tenía un horario de ocho de la mañana a ocho de la noche. Así, a mis treinta años, *conocí el amor y el verdadero infierno de una relación enfermiza.*

17 de noviembre

A las doce y media, aproximadamente, llegó un hombre de ojos hermosos, alto, con una mirada encantadora y una boca bella en

verdad, aunque vestido de forma humilde y al que, obviamente, no parecía importarle en lo más mínimo el trabajo. A decir de él, sólo se acercó por curiosidad, y al darse cuenta de que se trataba de ser policía, su semblante no decía nada bueno. “¿Te digo algo? Odio a los policías”, me dijo. “Pues es una lástima, casi nadie nos quiere, pero todos nos necesitan”, le contesté. Al platicar, me di cuenta de que era originario del Distrito Federal y, como a todos los de allá, le gusta humillar y menospreciar a los demás. Se sentía perfecto, pero había algo en él que, desde que lo vi, me encantó. Hasta hoy no sé qué era.

Sin duda, era muy guapo. Intercambiamos números de celular y así comenzaría el fin de mi vida.

Para diciembre, la convivencia era muy estrecha. Ya me había presentado a toda su familia y, por supuesto, me di cuenta de que era humilde, pero unida, o por lo menos así lo parecía. Una vez más me equivoqué y no muy tarde me daría cuenta. Una noche lo invité a mi casa y le presenté a mis perras, dos chihuahueñas que siempre me acompañaban por dondequiera que anduviera. Ciertamente, yo no era una mujer hogareña, pues como policía tenía hora de entrada, pero no de salida, en algunas ocasiones.

Esa noche me entregué al amor y él sólo a la pasión, a sus instintos. Yo descansaba cada domingo y convivíamos bien. Veíamos películas, él hacía de comer e íbamos a misa todos los domingos. Para mí era una nueva experiencia, si tomamos en cuenta que nunca tenía tiempo de nada, como no fuera de dormir para iniciar al otro día con la misma rutina de siempre. Con él mi vida cobraba otro sentido, algo que jamás, en los treinta años de mi vida, había sentido: por fin sentía que a alguien le importaba. Él iba por mí todas las noches, no importaba la hora. De ahí íbamos directamente a casa de sus padres y ahí cenábamos. Después me llevaba a mi casa, que no quedaba lejos. Una que otra noche dormía conmigo. Me sentía bien de tener su compañía y su cariño, ino lo podía creer!

El 22 de diciembre, día de mi cumpleaños, decidí pasarlo con él. Compré unas cervezas, algo de vino y ya estaba todo listo. Nos embriagamos y me di cuenta de que su manera de beber era muy extraña. Sentí un poco de desconfianza, pero no dije nada; después de todo, no lo conocía muy bien. Comencé a analizar sus reacciones, pasaba de la alegría a la tristeza. Con algunas canciones lloraba inconsolablemente, y me di cuenta de que sufría, mas no me atreví a preguntar por no incomodarlo. Yo bebía, pero no mucho, porque al otro día tenía que trabajar.

Esa noche él bebió mucho, quizá como yo nunca había visto a nadie hacerlo. Durmió ahí e hicimos el amor como nunca. Me desperté y me fui a trabajar, no sin antes dejar un mensaje pegado en el refrigerador que decía: “Te amo, gracias por estar aquí”. Regresé a las tres de la tarde y ahí estaba, acostado como si estuviera en su propia casa, despreocupado. Le pregunté si ya le había avisado a su madre, simplemente para que no se preocupara. De inmediato me contestó: “Yo soy libre y nadie me controla”. Noté su molestia y mejor me retiré, no sin antes dejar algo de comida en el buró de la recámara; yo la compraba hecha, pues no tenía tiempo para cocinar y, además, ni me gustaba. Dejé otra nota que decía: “Si te vas, cierra bien, por favor. Te amo”. Camino a mi trabajo me encontré a su madre y me preguntó por él; le dije que estaba bien, en mi casa, que no se preocupara. Ella me dijo: “Confío en ti. Más tarde, si gustas, ve a la casa”. Le dije que dependía mucho de la hora en que me desocupara, pero que le llamaría por si acaso.

Por la tarde tenía que salir de comisión a Zamora, con mi jefe, a una junta con el entonces subsecretario de Seguridad Pública del Estado; traté de avisarle, pero nunca me contestó. Me sorprendió que mi jefe sólo me llevara a mí, pues se supone que a ese tipo de reuniones van varios elementos. Poco tiempo después me daría cuenta de sus intenciones para conmigo. Sí hubo junta, pero no duró mucho. Yo estaba preocupada porque no podía comunicarme con Alfonso; ése era el nombre del hombre que tanto amaba.

Me sentía responsable, con todo y que era seis años mayor que yo. Llamé varias veces sin éxito. Para las cuatro de la tarde nos encontrábamos en Camécuaro, los altos mandos conviviendo con alcohol y botanas, y hablando de cómo sacar beneficio de la situación. Los clásicos complots. Todo, menos trabajar limpiamente. Después de todo, ¿quién lo hacía? Mi jefe se mostraba celoso, autoritario y quería que yo bebiera con él, a pesar de que debía cuidarlo a él y a la patrulla que traía a cargo.

Ya de regreso a Sahuayo, se detuvo en una brecha, me dijo que me quería e intentó besarme. Me bajé de la patrulla y le dije que se controlara, porque yo ya vivía con alguien y no quería el más mínimo problema. La noticia lo sorprendió y su cambio fue radical hacia mí. Me trataba con desprecio y por todo me castigaba, con razón o sin ella. Otro jefe me dijo: “Dale lo que quiere y tal vez te deje tranquila”, pero ¿cómo hacerlo? Para entonces estaba muy enamorada de un hombre que apenas conocía y jamás podría traicionarlo.

Un día fui a Morelia y, junto con mis demás compañeros, denunciamos al jefe, porque más allá de servidores públicos, somos personas que tenemos familias y nos cansamos igual que cualquier ser humano. Lo único que a veces pedimos es un poco de respeto y que se valore el trabajo que algunos dignamente realizamos. Los policías somos seres humanos que se enferman y tienen familias que se cansan de nuestra falta de atención. En fin, la actitud de ese jefe de entonces no era la mejor y fue sometido a un juicio de honor y justicia y quedó inhabilitado por un tiempo.

A mí me ilusionaba tener una familia, llevar a mis hijas a vivir conmigo, pero olvidaba algo: ya no eran unas niñas y podían decidir con quién estar. La Navidad y el Año Nuevo los pasé con él. Yo era muy feliz.

En ese tiempo tenía ahorrado algo de dinero y recibía algo más de mi trabajo. Ya entrados en enero, una noche, sin esperármelo, llegó Alfonso llorando a mi casa ya pasada la media noche. Mi

única reacción fue abrazarlo y tratar de hablar con él. Su hermano Jesús, ya pasado de copas, le había reclamado unos pagos pendientes de un celular, pero como él no tenía trabajo, no le podía pagar, razón por la cual sus padres lo habían corrido. Yo, con la mejor intención, le dije: “No te preocupes, yo te voy a dar uno de mis celulares y le pagaré a tu hermano”. Le pregunté qué haría y me pidió quedarse en mi casa mientras solucionaba el asunto. No me negué, pero no estaba muy convencida. Fuimos a su casa por su poca ropa y, de inmediato, se instaló más en mi vida y en mi corazón, nada bueno vendría después. Todos mis compañeros se burlaban de mí y me decían que era un oportunista, que sólo me haría la vida infeliz. Me alejaba de esos comentarios. Después de todo, era mi vida, y mi ceguera era tan grande que a nada le daba importancia. Yo trabajaba para los dos, pagaba todos los gastos de la casa y todo cuanto a él se le antojara; él se hacía cargo de la casa, de la comida, de todo lo del hogar, era lo mínimo que podía hacer.

Un día me dio una sorpresa no muy grata para mí, tomando en cuenta que no me gustan las sorpresas: comenzarían las mentiras, algo que odio. Vi llegar a mi recinto de trabajo a Alfonso con una joven y un bebé de meses. Cuando le pregunté quiénes eran, me dijo: “Es una de mis tres hijas y el bebé es mi nieto”. Me sorprendió porque me di cuenta de que estaba viviendo con un perfecto desconocido y que no conocía su pasado, ¡qué tonta! Fui amable con ellos, con la finalidad de saber algo más. Estaba realmente intrigada. La invité a cenar y me dijo que, en realidad, él no era su padre. Cuando conoció a su madre, ellas ya habían nacido y eran de diferentes papás. La única que era su hija era la menor, Dalia, una joven de diecisiete años. Vivió con su madre poco tiempo, después su alcoholismo había echado a perder la relación, y su madre había terminado por engañarlo con otro hombre que llenaba todas sus ambiciones.

Ella se fue y le dije a Alfonso: “Debemos hablar. Me interesa saber por ti la verdad. Cuéntame y quizá pueda entender”. Él

se sinceró, o por lo menos eso me hizo creer. Me dijo que esa mujer había sido el amor de su vida, pero que con mi ayuda había quedado en el pasado. En ese entonces yo ya era alcohólica, igual que él. Cada fin de semana era tomar hasta perder la noción de las cosas, ¡mal! Ya nada me importaba, ni mi trabajo ni mis hijas. ¡Cuánto daño me causaba ese hombre!, y lo peor es que todo el mundo se daba cuenta menos yo. Tomé la decisión de pedirle que trabajara para él mismo, no para mí, pero se ofendió y me confesó que no tenía terminada la educación secundaria. Le dije que lo iba a ayudar, y así terminó la secundaria abierta, gracias a mí. Comenzó a buscar trabajo. Para entonces yo ya había trabajado en su cambio de imagen. Le compré ropa y zapatos e hice que se sintiera seguro de sí mismo. Estaba creando un monstruo que más tarde me haría la mujer más infeliz del mundo, hasta hoy día.

Cuando él se volvió independiente y encontró un trabajo, ya casi no me necesitaba. Poco a poco me fue haciendo a un lado y se avergonzaba de mí por ser policía. Un día me dijo: “¿No te cansas de comprar mi amor?” Me dolió mucho y mis detalles cesaron, estaba acabando con mis ilusiones y mi autoestima, que ya de por sí era poca. Mi rendimiento en el trabajo bajaba y él, a escondidas, se mensajeaba con el gran amor de su vida. Un día me di cuenta y todo fue peor. Mi confianza en él era nula, siempre agobiada y triste me preguntaba que había hecho mal. ¿Qué sería? ¿Amarlo, mimarlo, protegerlo? No lo sé, ni aun ahora. Para él, era la del dinero, la dueña de la casa, mas como mujer, nada, no era nada.

Pronto, otra sorpresa vendría con la enfermedad de una de sus hijas. Su gran amor vendría y él estaba más que inquieto. ¡Ah!, pero lucharía. Después de todo, él era quien era gracias a mí. ¡Error! Debí dejarlo ir, pero no, luché contra todo y todos. Cuando se programó la operación de Patsy (así se llamaba la supuesta hija que radicaba en esta ciudad), urgente según decían los médicos del hospital civil, fui y me encontré ahí al esposo de la chica. Su cara

palideció al verme bajar de la patrulla y me dijo que no entrara, que ahí se encontraba su suegra y que tal vez yo pasaría un mal rato. Me pasé sin importarme lo que el joven me había dicho, y Patsy estaba sola. Me agradeció la atención de haber ido a visitarla y de inmediato agregó:

—Sé porqué estás aquí. Quieres ver a mi madre.

No lo negué y siguió:

—¿Sabías que mi papá la quiere mucho?

Le dije que sí y que quería de una buena vez aclarar eso. Sonrió y me aseguró:

—No te preocupes, Diana, mi madre hace tiempo que dio por terminada la relación y tiene un novio. Mi padre es quien debe aclararte cualquier duda que tengas.

Un silencio vacilante de mi parte me hizo entender que tenía razón. Me marché, y toda la tarde en mi trabajo pensé lo que debía hacer, pero tenía que ser firme y tajante, porque conmigo no iban a jugar ni él ni ella.

Llamé a Alfonso, pero entraba el buzón. Enfurecida, no sabía qué hacer, algo me decía que estaban juntos. Lo platiqué con un compañero y me dijo que hablara bien y sin alterarme. Ve a tu casa y espera. Fui, pero no a mi casa, sí a la de sus padres. Su madre, visiblemente preocupada, me dijo:

—Ya es tiempo de que tú y yo hablemos.

“Claro —pensé—, su madre me diría todo cuanto quiero saber.”

—Es cierto que esa mujer dejó una huella imborrable en mi hijo y tú debes decidir si luchar para que te ame como a ella o hacerte a un lado.

—Ella es pasado, yo presente, la que lo ha levantado y lo ha ayudado, y me amará a mí porque me lo he ganado.

Me fui a mi casa pensando en ese pasado lleno de conflictos y problemas que traía auestas la persona que yo amaba. No sabía qué hacer. De pronto, la puerta de mi casa se abrió y era él. Tenía sentimientos encontrados. Por una parte, lo amaba más que

a mí misma y, por otra, él me mentía. No me aguanté y le pregunté que de dónde diablos venía y por qué no contestaba mis llamadas.

—Estaba en el hospital y vi a Anabel. ¿Eso quieres que te diga? ¡Ya está! Nada entre ella y yo pasará, viene muy bien acompañada. ¿Qué es lo que te pasa?

—Pasa que estoy harta de tus mentiras, y si es ella la persona con la que quieres estar, es mejor que sea ahora y no después, para que yo no tenga que recoger los pedazos que queden de mí. Sé sincero, pero contigo mismo —dije con firmeza y con voz molesta.

—Tonta, yo te amo a ti y jamás te dejaría por nadie. Eres una gran mujer y yo te agradezco todo lo que haces por mí, aunque a veces no te lo demuestro. No dudes más de mí para que esto funcione —sonrió y me abrazó.

¡Qué tonta! Ya me tenía bien tomada la medida. Aun así, fui a conocerla. Nada del otro mundo, realmente, con la única diferencia de que era un poco más delgada que yo. Hablé con ella y me dijo algo que jamás he podido olvidar: “Sé que eres pareja de Alfonso, y lo único que te puedo decir es que te cuides mucho de él. Debes alejarlo de la bebida o tu relación, te lo aseguro, terminará mal, y me pareces, por lo que me ha contado mi hija, una buena persona. Por mí no tengas ningún cuidado”. Me fui a mi casa más confundida. Él ya me estaba esperando, muy molesto.

—Sé de dónde vienes —me dijo.

—¿Sí? Qué bien —contesté—, cada vez entiendo menos, pero, en fin, tú sabes que las mentiras no van conmigo, así que no hablaremos más de ese tema.

Salió más enojado y regresó hasta la madrugada, completamente ebrio, con un montón de reproches e insultos para mí.

Al poco rato amaneció y me fui a trabajar, afectada, y mucho. Todos mis sentidos estaban concentrados en él. ¿Cómo rescatar una relación mentirosa, enfermiza y tan carente de todo? Comencé

a ser blanco de burlas. Por todas partes me decían que ese tipo tenía una gran suerte, porque todo le daba y en todo lo complacía (“Apártame un lugar para cuando lo dejes, me convienes”). Me sentía fatal. Ya con coraje, ahora sí, le exigí que se pusiera a trabajar para que aportara a los gastos de la casa, ¡era lo justo!

En marzo consiguió trabajo en una casa de préstamos. Pensé que ahora todo marcharía mejor, pero no. Otro error más en mi larga lista. Cada viernes en su trabajo había “reuniones” en casa de su jefe o en el bosque de Jiquilpan y yo me enteraba porque veía pasar las horas y él no llegaba sino hasta la madrugada, peleando, gritando, golpeándome, porque decía que yo, por mi trabajo, lo avergonzaba. ¡Qué tontería! Si de ahí se pagaba todo y me encantaba mi trabajo. Las ofensas verbales iban en aumento.

Un día mi hija mayor decidió vivir a mi lado. Un tremendo fracaso, porque ella, a su corta edad, se daba cuenta de cómo me trataba, y me decía: “Madre, te conozco, ¿qué te pasa? ¿Por qué aguantas a ese tipo?” Lloraba porque sabía que tenía razón. Yo, que jamás me doblegaba ante nada ni nadie, estaba a merced de un hombre al que amaba, pero que me maltrataba. Para mi hija era algo inadmisibile, pues me sabía fuerte e independiente y sólo veía a una mujercita sumisa de poco carácter. Esa convivencia no duro mucho. Para ella era malo ver cómo me maltrataba y que yo no hacía nada por evitarlo, era una especie de trapo que usaba y tiraba cada vez que quería. Mi hija se fue, regresó con sus abuelos, y yo me sentí aún peor. La había perdido por mi falta de valor y por hacer caso a mis tontos sentimientos. Pero el reto que tenía frente a mí era ser feliz con él a mi lado.

Pasado el tiempo, tomó la decisión de comprar una motocicleta, según él, por su trabajo. Me usó una vez más para comprarla en abonos: “Gastas tanto en taxis que bien podrías darme eso para pagarla, y yo te llevaría y te traería de tu trabajo”. Accedí, pero ya entonces tenía deudas hasta en la tiendita de la esquina, todo se me salía de control. Ya con la motocicleta, como niño con juguete

nuevo, menos lo veía. Aquella mujer trabajadora, optimista, sonriente y responsable ya no existía, sólo la llorona, atrás de un escritorio, que era consolada por alguno que otro compañero. Coincidían en que lo dejara antes de que terminara conmigo.

Cierto día acudí a visitar a una gran amiga, la cual me aconsejó lo mismo, pero yo lo único que sabía era que quería salvar mi relación y que debía lograr que él fuera feliz. Se me ocurrió hablar con la que sí era su hija. ¡Eso no me fallaría! La convencería de que viniera a visitar a su padre, al que hacía tres años que no veía. Le pagaría todo. Ella sólo se encargaría de obtener el permiso de su madre. Deposité el dinero en la cuenta de uno de sus tíos. ¡Sería una gran sorpresa para él! Llegó Dalia y todo fue felicidad durante quince días. Él estaba superfeliz y muy agradecido conmigo. Yo, naturalmente, me sentía el héroe de la historia, hasta cierto día que escuché a Dalia platicar con su padre. Ella le preguntaba por qué estaba conmigo, que sí era buena onda, pero estaba muy lejos de ser tan bonita como su mamá. Él sólo le dijo: “La aprecio y de verdad deseo llegar a amarla como se lo merece”. Desde ese momento, Dalia no volvió a hablar conmigo. A mí todo me había quedado más que claro. ¡Mentirosa como ella no había otra! Se fue y, a los pocos días, su madre le envió a él un mensaje en que decía que de su cuenta corría que jamás volvería a ver a su hija y, por si fuera poco, que él y yo jamás seríamos felices. Como maldición, todo empeoraba: mi economía, mi ánimo, mi apariencia. Me enfermé, descubrí que era diabética, pero no desistía, debía hacer todo para que nuestro amor creciera. El pequeño gran detalle que se me pasó fue que él me necesitaba, mas no me quería y mucho menos me amaba. Así, cada borrachera mía o de él terminaba en golpes y gritos. Ya me sentía cansada. En el fondo de mi ser quería que esto terminara, pero no podía. ¿Cómo me iba a quedar sola? ¿Qué iba a decir de mí la gente, mis compañeros? Tonta de mí, en eso era en lo último que debía pensar. Ahora me doy cuenta; tarde, por cierto.

11 de diciembre de 2009

Recuerdo que me tocaba quedarme de guardia en la oficina veinticuatro horas para descansar el día siguiente. Le llamé. ¡Ah!, porque yo era tan cursi que cada noche le llamaba y le repetía una y mil veces que lo amaba. Su respuesta era muy simple: “Ajá, yo también”. Ya para entonces ni borracho ni en su sano juicio me tocaba. Si yo le hablaba, me contestaba de mala gana o simplemente apagaba el teléfono. Esa noche en especial, desde muy temprano, lo apagó. No recuerdo con certeza cuantas veces le marqué, idemasiadas! Pero sentía una gran angustia por no saber nada de él.

12 de diciembre de 2009

Llegué a mi casa temprano y me percaté de que no había dormido ahí. Fui a ver a su papá para saber si estaba ahí, pero no. Me enteré de que su madre estaba de viaje, esa noche regresaba y yo nada sabía de su hijo.

13 de diciembre de 2009

Me fui a trabajar. Le llamé a las tres de la tarde y me dijo: “Ya voy para la casa, estaba en casa de Luis”. Me colgó y me quedé con mi coraje y la impotencia de no poder gritarle ¡ya basta! De pronto, alguien me llamó a mi celular. Era la voz de un hombre que me decía que fuera a recoger a mi esposo porque estaba completamente borracho y traía la motocicleta. Según él, ya le había quitado las llaves. Solicité permiso en mi trabajo y fui a buscarlo. Estaba tirado en la banqueta sin poder mantenerse en pie y la motocicleta tirada a un lado. Me acerqué a él y le dije: “Párate, vamos a la casa”. Me

empujó y me insultó de una manera tan aberrante que yo quería que la tierra me tragara de vergüenza. Ahora todo el mundo se daba cuenta de cómo vivía la policía del mugre barrio, la nuera del taquero don Chema. Pedí ayuda a un niño para llevar la motocicleta a mi casa. Él, como pudo, se levantó y golpeó al niño. Fui a buscar a su padre, después de todo era su hijo y tal vez a él si le haría caso. Llegó su padre y se lo llevó, pero no sin antes recibir unos cuantos golpes de su propio hijo. Regresé a casa de sus padres por él y ahí me gritó: “¡Te odio, eres lo peor que me ha pasado!” Su padre le dijo que se callara, que hablaríamos después, cuando él se encontrara mejor. Yo, llorando, le decía que todo estaría bien, que se calmara. De pronto, su celular comenzó a sonar de forma insistente y él no contestaba. Le grité: “¡Contesta!” Y lo hizo: “Sí, sí, aquí está, luego te llamo”. Al escuchar eso, me lancé sobre él y le arrebaté el celular. Salí a la calle y revisé detenidamente el teléfono. Volvió a sonar y contesté. Era ella, una maldita mujer que le preguntaba, ¡a su amor!, si todo estaba bien. No lo podía creer. ¡Me engañaba con una compañera de su trabajo! ¡Todo el mundo sabía menos yo! No me quedé tranquila, fui a buscarla, pero jamás se dejó ver. Me daba la cara su jefe, que me decía: “Lo siento, yo se lo advertí varias veces y no me escuchó”. Ya no había duda, todo lo confirmaba. Me quedé desconsolada. Ese hombre, al verme mal, se ofreció a llevarme a mi trabajo. Ahí mi jefe me dijo: “Arregla esa situación ya porque estás llegando a mi límite”. Revisé fotografías, mensajes, llamadas, para saber desde cuándo me veían la cara y yo ni en cuenta por estar ocupada en mi trabajo.

Al otro día la busqué otra vez. Me tendría que escuchar, maldita, me quitaba lo único que tenía, pero, cobarde, dejó de ir a su trabajo. Luis, el gerente, me dijo que no valía la pena que enfrentara a esa perra. ¡Él qué sabía! Nadie lo sabía. Mi orgullo y mi dignidad pisoteados por el hombre que amaba y a quien le había dado todo de mí. Él me dijo: “Ella siempre tuvo la intención de separarlos. Hablé con ella, pero es una mujer a la que no le

importa nada. Por favor, váyase y arregle esto con Alfonso”. Esa perra había acabado con mis sueños, mis ilusiones, al igual que él. Ya nada sería igual, nada, no lo podía creer. ¿Pasarme esto a mí? ¿Por qué? Llorando de coraje llegué a mi casa. Ahí estaba él, dormido, como si nada pasara. Era tanto mi dolor que, alterada, lo golpeé y lo corrí de mi casa. Ya era suficiente o por lo menos eso pensé. No le devolví el celular, debía saber más para estar segura de que yo era la mujer más tonta sobre la faz de la tierra. ¡Qué de cosas encontré! Enfermé de depresión. Su madre, para variar, no sabía nada, pues lo fue a buscar a mi casa, según esto, porque alguien le había dicho que yo lo había corrido y quería llevárselo. Le conté porqué lo había corrido, aunque no tenía por qué decirse-lo. Sí lo encontró, pero él se rehusó a regresar con ella.

Yo, con el alma vacía y mi ánimo por el suelo, seguí yendo a trabajar. Alfonso, sin una gota de vergüenza, llamó a mi trabajo suplicándome que escuchara el gastado cuento de: “No es lo que parece. Bebé, permíteme regresar, o por lo menos sacar la ropa para irme a trabajar”. Me negué y no le permití sacar nada. Cada vez que me llamaba, le colgaba. Qué más podía perder. Supe por uno de sus amiguitos que si no se presentaba a trabajar, lo despedirían, ya que constantemente faltaba porque, según él, yo me enfermaba seguido y él me cuidaba, iotra mentira! Lo hacía para estar con su amante. Obviamente, lo desmentí, y su amiguito le dijo a su jefe y lo corrieron. Otra vez no tenía nada, ni trabajo ni casa ni a la mujer estúpida a la que engañó todo el tiempo. Todo perdió por su vicio y por dejarse llevar por esa cualquiera que lo único que ocasionó fue arruinarnos la vida a todos.

Una noche salí a la tienda, habían pasado ya quince días, y ahí estaba. Un cuadro deprimente, borracho, sucio y con la misma ropa. La verdad, no resistí ver eso. Me ganó mi sentimiento otra vez. Me acerqué y accedí a ir a la casa. Le dije que se bañara y después hablaríamos. Otra vez mi tonto corazón hablaba por mí. ¿Cómo perdonar una traición acompañada de una cadena de

mentiras? Era tanta mi ceguera y el amor que sentía por Alfonso que sí, aunque resulte increíble, lo perdoné, mas no olvidé.

Días después recibí un citatorio de la Agencia del Ministerio Público. ¡Era el colmo! La maldita me demandaba para conciliar. ¡Después de las burlas y humillaciones de las que fui objeto! Acudí a la cita con la autoridad. Ella tenía temor de lo que le pudiera pasar. Sostenía, una y otra vez, que sólo habían ido a cenar una hamburguesa. Cuando ella misma pasó por él a mi propia casa y la dichosa cena había durado dos días con sus noches. Le mostré el celular al agente y, por supuesto, la regañó e hizo hincapié en que no debía salir con un hombre comprometido porque, de lo contrario, esto no tendría un buen final.

Salí de ahí hecha una furia. ¿Qué más me faltaba? Era la comidilla de todos en mi trabajo, en la colonia, en la méndiga calle. Odiaba ser vista con lástima y ver en la cara de todos: “¡Te lo dije!” En fin, los días pasaron y, francamente, ya para los últimos de enero, en su cara veía enfado, asco y desprecio hacia mí, que siempre procuré su bienestar aun a costa de mi dolor.

En un parque cerca de la casa hablamos y, por primera vez, fue sincero. ¿De qué me servía? El daño ya estaba hecho. Jamás olvidaré sus palabras baratas: “Diana, eres una gran mujer, excelente, noble, te aprecio, te quiero, pero sólo como amiga, ¿ves a mis padres? Yo no me veo envejeciendo contigo. Eso es amor, y por más que he querido, no puedo. El amor es sentir cómo corre la sangre por tus venas, extrañar apenas dejas a esa persona, sentir el latir de su corazón, pero no, Diana, tú no eres esa mujer. Deseo que algún día llegues a encontrar a alguien que te ame como yo no supe hacerlo. Perdóname, me voy para no lastimarte más. Sé que te debo mucho de lo que soy, pero cuando realmente no se puede, todo está por demás. ¡Perdóname! Quiero pedirte que todo esto termine de la mejor manera y gracias por todo”.

Qué fácil lo veía él, ¡claro! Después de todo, la que perdía era yo. Quedé en *shock*. No lo podía creer, era el fin. Nada de lo que

había hecho valía la pena, otra vez. Llorando, me fui a mi casa. Entonces enfermé de depresión muy severa. Me internaron en el hospital. El médico le dijo que era cuestión de tener mucho cuidado, ya que, por mi enfermedad, era muy delicado tener una depresión de esa magnitud. No quería comer ni dormir, sólo quería que ese dolor tan grande desapareciera. Entonces me incliné por el alcohol. Él me miraba con lástima y a la vez con coraje porque no se podía ir y dejarme en ese estado. Me decía una y mil veces: “Necesito que te repongas, necesito verte bien para poder irme”. De inmediato le dije que se largara, que no necesitaba de su estúpida lástima. Después de todo, ya me había exprimido todo cuanto tenía. “Vete con ella, para que pague todo lo que me debes.”

No se fue. Estuvo a mi lado durante ocho días, viendo cómo me acababa, poco a poco, sin comer, sólo bebiendo. Lo veía ansioso por irse. Su presencia en mi casa realmente me asfixiaba. Me recuperaría mejor sola, así que, por fin, me decidí y lo corrí a empujones, pero no se fue, me abrazó y me dijo: “Me iré cuando ya estés bien, te lo debo”. “Haz lo que quieras”, contesté. Mi corazón jamás había sentido tanto dolor. Pasada la incapacidad, debía ir nuevamente a la clínica para que me dieran otro medicamento. Renegando porque ya estaba harto de mí, de mi enfermedad depresiva y, en general, de todo, me llevó.

Al salir de la clínica, de camino a mi recinto laboral, ocurrió algo muy malo: nos atropelló una camioneta. Yo iba uniformada y tenía un gran golpe en la espalda y un dolor inmenso en el cuello. No me pude levantar; él sí. Lo primero que hizo fue irse a golpes hacia el conductor de la camioneta. Jamás se acercó a ver si yo estaba bien. De inmediato llegó un compañero mío y le habló a la ambulancia. Yo sí, en todo momento, preguntaba por él; lo material era lo menos importante para mí. Mi compañero se acercó y me dijo: “Ya basta, ese tipo ni siquiera ha preguntado por ti, así que deja que te atiendan”. Por un momento, Alfonso subió a la ambulancia y me dijo: “Mueve a tu compañero y dile

que no se lleve la motocicleta”. Por ética, yo no debía intervenir. Sin embargo, lo hice, pero mi compañero se negó, no por mí, sino por él, quien se enojó aún más conmigo y me dijo que yo no valía nada en mi corporación. Otro golpe más para mí, aparte de los físicos, que en comparación dolían mucho más.

Mi jefe, cuando salí del hospital, fue muy claro conmigo. Me dijo que, por ser oficial y haber participado en un hecho así, tenía plena facultad de ponerme a disposición de Morelia, pero que no lo haría con la condición de que mi pareja se alejara de mí, ya que, por lo visto, no me daba cuenta de que no me merecía. Me sentí peor, pues sabía que ese hombre, mi jefe, tenía toda la razón del mundo. Me dieron otros quince días de incapacidad, casi no podía moverme. Ahí estaba, postrada en mi cama, pensando que ahora sí debía hacer algo por mí. Alfonso sólo se interesaba en tener fuera del corralón la motocicleta, mi salud era lo menos importante para él. Nada nuevo, lo sé. Mi jefe me llamó y me dijo que, por mi bien, era mejor un cambio de delegación. No me negué porque sabía que era eso o un cambio más drástico y costoso para mí. Antes de cumplir con la incapacidad, me mandaron llamar para hacerme entrega del oficio de cambio: me mandarían a Jiquilpan. Después de eso me entregaron la liberación de la motocicleta, lo que tanto esperaba Alfonso para desaparecer de una vez por todas de mi vida. Mi jefe me dijo: “Estás endeudada por algo que ni es tuyo y otra disfruta”. Ese comentario de verdad que me hirió en el poco ego que me quedaba. Ese día era definitivo: “¡Hasta hoy, ya no más!” Fui a trabajar y esas palabras me las repetía una y mil veces. Alfonso ya no traía celular, pues, según él, lo había perdido. Yo, en un gesto de nobleza, le presté uno mío, el mejor, por cierto, por aquello de estar en comunicación. Me decía a mí misma: “A la primera que me haga, se larga de mi casa y de mi vida”.

Una semana después me confesó que ya había perdido mi celular. Me enojé y le pregunté que en dónde. Me di a la tarea

de investigar, porque su versión no era muy seria ni, mucho menos, convincente. Después de todo, siempre me mentía, que más daba otra vez. Supe que no lo había perdido, sino que lo había cambiado por una botella de tequila en una tienda. Para mí ya no había más que hablar, todo lo había arruinado. Ya sabía lo que venía después, gritos, amenazas y golpes. ¡Ya no! Después de dos años y medio estaba cansadísima. Ese día la mujercita sumisa y tonta iba a desaparecer. Cada insulto, cada golpe, lo regresaría, costara lo que costara.

—Hoy es el día —le dije.

—Tú, sin mí, no sabes vivir, no eres nada —contestó riéndose.

—Valgo más sola que contigo. Contigo he perdido todo, pero hoy te vas de aquí a buscar a otra que te mantenga y te soporte.

No lo creyó hasta que lo agarré a golpes y lo saqué de mi casa. Tuve una sensación de salvación, pero a la vez un gran vacío en mí. Debía buscar ayuda para superar tantos maltratos y vejaciones hacia mi persona. Al otro día regresó.

—¿Ya se te pasó el coraje?

Me reí y le dije:

—¡Claro! Pasa, vamos a hablar. —Creo que jamás esperó lo que le iba a decir—: “Te irás, pero no sin antes pagarme hasta el último centavo que me debes: rentas y mitades de todo, como debe ser. Porque viviste todo este tiempo a mis costillas. Así que vamos a negociar. No te llevarás nada, es decir, ni tu ropa ni la motocicleta, hasta que me pagues”.

Enfureció y se fue a quejar con todo mundo, nada más le faltó el presidente municipal. Yo recibía citatorios como recibir cartas de amor, pero en verdad venía lo más difícil: andar de boca en boca y cuestionada por ministerios públicos, y el por jefe de la policía local. ¡Qué fastidio! En fin, yo sólo quería recuperar algo de lo perdido, ¡era lo justo! Me obligaron a entregarle su ropa, naturalmente, y la moto, pero todo lo que yo le había comprado a lo largo de ese tiempo no se lo llevaría. Así que se largó sin casi nada.

En organizaciones de derechos humanos me acusó de cobrar lo que era mío. Empezaría la verdadera guerra de todos contra mí. Me refiero a su familia. Ya era tiempo de sacar a esa mujer fuerte a la que nada le daba miedo. ¡Ya no me dejaría de nadie! Su coraje hacia mí era tan grande que buscaba desacreditarme donde fuera y con quien fuera. No se detendría ni yo tampoco. Contraté a un abogado para que se hiciera cargo de cobrarle, pero era tan poco hombre, que mandaría a sus padres y a la golfa con la que andaba para tratar de amedrentarme. Llegaron a mi trabajo para hablar con mi jefe y, sí, lo hicieron, pero al ser cuestiones personales, obviamente no tuvo ninguna injerencia. Algo les explicé a sus padres y a la tipeja esa con la que ya se entendía.

No voy a negar que me alteré y de inmediato se lo hice saber a mi abogado, que me sugirió tratar de arreglar ese asunto directamente con él. De mi parte ya no había miedo, sino mucho coraje. Me llamó y me dijo que me pagaría en cuanto tuviera trabajo. Me reí como nunca y le dije: “¿Trabajar, tú? ¡Por favor! Jamás me pagarás, pero ya te haré llegar un documento con mi abogado”.

Después vendría la más difícil de las guerras, la mía, la interna, en la que, según dicen los terapeutas, te encontrarás con esa persona valiosa que en algún lugar extraviaste. Fui a terapias, me apoyé en mis pocas amigas, me refugié en el trabajo, pero también en el vicio del alcohol que, acompañado de mi depresión, era una bomba de tiempo.

En casa, al estar sola, mi agonía era mayor. En ocasiones me sentía tan mal que le llamaba a mi terapeuta a la hora que fuera. También le llamaba a él, preguntándole por qué me había fallado de esa forma, llorando, gritando y renegando de la vida y de Dios por todo mi dolor. Alguna gente me sugería dejar todo por la paz, pero no podía. Todo lo malo se lo debía a Alfonso. Cada descanso era lo mismo: tomar, llorar, llamar, suplicar.

Una mañana de tantas llegó a mi casa y me dijo que ya era oportuno parar todo esto. Le grité que no. ¡Nada me haría desistir!

Se lanzó encima de mí y me golpeó peor que en otras ocasiones. Me defendí y, afortunadamente, un vecino vio todo y me ayudó. Levanté la denuncia, pero, como suele pasar, las autoridades le daban prioridad a un vehículo robado, a algún licenciado que daba cooperación con tal de que su caso avanzara más rápido. ¡La corrupción en todo su esplendor! Me vio un médico legista, llevé un certificado médico de una institución, rendí mi declaración, levanté cargos por robo, amenazas, lesiones y lo que resultara. Todos los días llamaba para saber cómo avanzaba mi asunto, pero sólo me decían: “Va a tardar, no es tan fácil”. Como siempre, la poca eficacia, el poco interés, ¡ah! y como un puente vacacional se atravesó, mi denuncia no avanzaba. Yo, como mujer, como policía, era víctima de un sistema de procuración de justicia incapaz de resolver en tiempo y forma algo que más tarde traería graves problemas.

Un mal día, Alfonso me sugirió hacer una tregua y tratar, por el bien de ambos, de que todo terminara de una mejor manera. En ese tiempo ya era visible que había perdido peso y empezaba a vestirme diferente, como mujer, y me arreglaba, lo que llamó su atención. De una forma especial comenzó ese juego absurdo y peligroso en el que la pasión desenfadada jugó el papel más importante. Él se encontraba más cerca de mí que nunca, convivíamos de manera más sutil y cariñosa. Hacíamos el amor como nunca lo hicimos en el tiempo en que vivimos juntos. Todo un cuadro de convivencia, alcohol, sexo, sentimientos encontrados y, después, la resaca moral y física que al otro día vivía cuando me iba a trabajar. Ya no sufría, pero algo dentro de mí me decía que no estaba bien, que no era claro, para variar. Era extraño, después de tantas peleas, tantos gritos y ofensas, y de repente ya nada existía.

Cada tercer día estábamos ahí, en mi casa. Lo dejé entrar de nuevo en mi vida, hasta llegar al tuétano de mis huesos. Me conformaba con esas visitas cada vez que él quería. Se comenzó a

hacer necesaria su presencia, cada vez más. Pero no era Alfonso, sino un lobo con piel de oveja que en cualquier momento me atacaría. Ese ser humano insensible, oportunista, vividor, era imposible que cambiara cuando toda su miserable vida había sido así. Mi corazón latía con fuerza cuando nuestros cuerpos se estrechaban. Sentir su calor, el aroma de su piel, eso borraba cuanto había pasado, pero sólo en mí, porque en la sonrisa adulatora de ese hombre guapo había sed de venganza y un odio hacia mí que, hasta hoy día, no he podido entender. Quizá porque yo representaba todo cuanto desde su juventud alocada aborrecía: iera policía!

Me preocupé por él, por amarlo, atenderlo, ver por su bienestar, pero él no quería una madre sustituta y eso llegué a ser casi sin darme cuenta. Cuánto rencor albergaba en su corazón contra mí, la mujer que lo acogió en sus brazos cuando más lo necesitó; quien lo consolaba y escuchaba, quien lo vistió y le dio de comer. ¡Lo apoyé hasta por encima de mí misma! Pero a Alfonso le hacía falta algo: libertad para usar a las mujeres a su antojo, buscando una sola cosa: su propio beneficio.

Lástima que hasta ahora que estoy en la cárcel me doy cuenta de tantas cosas. ¡Dios! Verme entre la vida y la muerte a mí, a quien le dio la oportunidad de seguir viviendo, si a esto se le llama vivir... Regresando al peor momento, la vida me tenía deparada una gran sorpresa, igual que a Alfonso, que cambiaría mi vida.

25 de abril de 2010 (domingo)

Parecía un domingo como los que últimamente vivía, a veces trabajando de guardia en la oficina, mientras mis jefes salían con sus familias los fines de semana y mis compañeros descansaban plácidamente en su hogar. Cada quince días me tocaba un

domingo de descanso. Ese día descansaba. Recuerdo que mi caminar era lento y a cada paso que daba pensaba más y más que era el momento de irme y terminar con ese juego, con esa relación que a nada llegaba. Otra vez era angustiante y muy desgastante para mí no saber en qué momento le abriría la puerta a mi amante o a mi verdugo. Porque, aunque no lo demostraba, estaba aterrada, pero siempre me ganaba el sentimiento. Ese día, Alfonso tocó a mi puerta, noté que iba ebrio. Lo dejé entrar y comenzamos a platicar en un tono bastante amable. Me preguntó dónde había estado la noche anterior y le dije que trabajando: “Recuerda que, a pesar de todo, debo seguir adelante porque estoy sola”. Me tomó de las manos y me dijo: “Ya no más, Diana, estoy aquí contigo a pesar de todas las diferencias y problemas que hemos tenido”. Le dije que dejara de bromear. “Ya no estoy para eso”, contestó, me abrazó y caí nuevamente en sus brazos. Todo ese día y noche reímos, bailamos, bebimos, gozamos como nunca. Él, sin reproches, lloraba de emoción, no lo creía, también me arrepentía. ¡Qué más daba! ¡Al fin estábamos juntos! Como él y yo queríamos. No podía arruinar ese momento si eran tan escasos los buenos ratos.

26 de abril de 2010 (lunes)

Amaneció. Tenía una resaca horrible, no podía ni levantarme. Llamé a mi trabajo para reportarme enferma. Mi jefe segundo a cargo, me dijo que estaba bien porque, después de todo, ellos me debían un descanso. “Nos vemos mañana temprano, porque hay mucho trabajo”. ¡Qué alivio! Me dormí hasta medio día y, cuando desperté, me acordé de Alfonso. Me levanté de la cama y le avisé que no iría a trabajar. Estaba tirado en el sofá y le dije que viniera a la cama. Me dijo: “Te amo”. Mi alegría era inmensa. En el refrigerador no había comida; bebida sí, y mucha. Comenzamos a

beber nuevamente y todo fue igual que el día anterior. Sólo éramos él y yo. Por la noche le pregunté si no iría a su casa y sólo me contestó: “¿Ya quieres que me vaya?” “No, no, pregunto porque mañana sí voy a trabajar, voy a salir fuera”. De inmediato cambió su semblante y me preguntó: “¿A dónde irás?” Le dije que no tenía manera de saberlo hasta que me presentara en la oficina. Se quedó dormido.

27 de abril de 2010 (martes)

Arreglé mis cosas, pero al uniforme le faltaba algo, ¡mi pistola! Le pregunté que dónde estaba y por qué la había tomado si jamás lo hacía. Se levantó de la cama y me dijo: “¡Aquí está!” La sacó de una chamarra mía, sin balas. Otra vez le pregunté: “¿Por qué lo haces? ¿Pasa algo? ¡Contéstame!” No me contestó, se vistió y me dijo: “¡Apúrate o llegarás tarde!” Caminamos hasta el bulevar donde pasa el camión. Me dio un beso y me dijo: “Ve con cuidado y avísame adónde vas a ir y cuando terminas. Recuerda que te amo”. Me fui de comisión a Purépero, a una gira del gobernador. Al desocuparme, le llamé. Se escuchaba mal. Decía que se sentía fatal por haber estado tomando y que ya no le llamara, que él me buscaría después. Me sentí confundida porque se suponía que todo estaba bien. Ni modo, yo debía seguir trabajando. Al término total de la comisión, decidieron relajarse un poco y comenzaron a beber, e igual hicimos otros compañeros y yo. Cerca de las seis de la tarde ya íbamos de regreso a Jiquilpan. En el camino, mi jefe me preguntó: “¿Ya resolviste tus problemas?” Le contesté que parecía que sí, pero que la decisión de irme ya estaba tomada, y que si él me quería, me seguiría, o bien tomaríamos distancia para pensar ambos mejor las cosas. Hice mi guardia normal, como siempre, pero pensando: “¿Cómo le diré a Alfonso que me voy? No puedo postergarlo más tiempo. ¡Se lo tengo que decir!”

28 de abril de 2010 (miércoles)

Ya de salida de mi guardia, la rutina de siempre: llamar al capitán, reportarme a Zamora para que se dieran por enterados de que no había ninguna novedad y así poder retirarme. Porque, aunque ahora cobardemente digan lo contrario, así lo hice. Siempre llevé mi arma de cargo conmigo porque jamás se me indicó lo contrario. Todos los demás también se la llevaban, menos el delegado, porque le daba miedo que los “malos” lo vieran armado y, según él, así no le harían nada. No pensaba así el capitán, quien todo el tiempo la llevaba con él porque era muy cuidadoso, sobre todo de su vida, pues su forma de ser era muy especial (me refiero a cómo trataba a la gente). Me dirigí a mi casa, pero dentro de mí sentía mucha tristeza porque Alfonso no me había llamado. Camino a casa me encontré a un viejo amigo, Raúl, que me gritó y me dijo: “¿Cómo andas?” Sonreí: “¡Pues bien!” Él contestó: “Yo te veo mal. Más tarde te llamo para ir a tomar un café, ¿te parece?” Le dije que sí, total, yo nada más quería dormir y olvidar, pero no pude. Alfonso me daría algo para no olvidarlo jamás en lo que me reste de vida.

Ya en pijama, sin bañarme, acomodé mis celulares en el buró, guardé mi pistola ahí mismo y prendí la televisión. De pronto, alguien empujó la puerta de entrada de mi casa, era Alfonso. Me levanté.

–Pasa –le dije.

–Todavía me siento mal, ¿tienes algo de beber?

–Nada, pero ahorita voy y te compro algo, ¿te parece?

Me vestí, salí a la calle y le compré un seis de cervezas, pero a mi regreso vi una botella de tequila.

–¿Y eso? Pensé que no traías nada.

–Sí, pero eso no nos va a alcanzar.

–Mira, yo me siento muy mal. Tantas desveladas, tantos días tomando, la verdad, ya no puedo. Y, además, tenemos que hablar en serio.

Como si yo no le hubiera dicho nada, me sirvió y comenzamos a tomar. Otra vez, ahí estábamos. Con la diferencia de que su actitud era muy extraña. ¡Me violó! Yo le gritaba:

—¿Por qué así?

—¡Porque eres mía! Y siempre que yo te busque, lo serás. Además, a las perras como tú, así se les trata.

Me levanté llorando y le grité:

—Claro que no, estás mal, ¿sabías? Yo me iré de aquí.

Se levantó y me dio una bofetada. Ya estábamos ebrios.

—¡Lárgate! —le dije—. ¿No entiendes? Que me vaya es lo mejor para los dos. Sobre todo para mí. Tu familia ya me tiene harta, igual que la perra esa con la que andas.

—Yo no ando con nadie o no estaría aquí.

— Debo pensar y tú no me dejas, me asfixias.

—¿Así como un día tú lo hacías conmigo? ¿Recuerdas?

No me percaté de que en la mesa del comedor había dejado el oficio donde solicitaba formalmente mi cambio. Él lo vio y enfureció. Me tomó por los hombros, me sacudió y me dijo:

—¡No te irás!

—Piénsalo. Me voy a bañar, y cuando salga, no te quiero ver más en mi casa —ya lo había corrido dos veces.

Al salir de bañarme, ahí estaba. ¡Era el colmo! Hubo más insultos mientras me cambiaba.

—Así no se puede, Alfonso. ¿Y mis celulares? —ya no estaban donde los había dejado—. ¿Ahora qué? Dámelos, debo hacer unas llamadas. ¿Qué diablos te pasa?

Puso un disco de La Arrolladora y me gritó desde la sala:

—¿Sabes? Te odio, tú también me quieres dejar, pero antes me vas a enseñar algo.

—¿Qué? —le grité desde la recámara.

—A disparar. Eres tan tonta que ni siquiera cuidas bien tus cositas.

¡Oh, no! De inmediato abrí el cajón del buró y no estaba mi pistola. Horrorizada, me paré de la cama y me dirigí a la sala donde

estaba él, apuntándome con ella. Estaba semidesnudo. Sentí un escalofrío que corrió por todo mi cuerpo, temor. Me acerqué a él, poco a poco, diciéndole que de esa forma nada arreglaríamos. Trataba de persuadirlo de esa absurda acción que pretendía, pero no, a los pocos segundos ya estábamos forcejeando por el arma, cada uno tratando de defender su vida.

Jamás olvidaré su cara de odio mientras me acercaba a su cuerpo oprimiendo el arma. En eso, hubo dos disparos, pero no fueron para mí. No sentía nada, pero no vi que él hiciera ningún gesto de dolor, hasta que vi caer el arma al piso. Por instinto, la recogí y corrí a la recámara, asustada. Me tomó por los cabellos inclinando mi cabeza hacia atrás, de tal forma que yo no tenía ningún tipo de visibilidad. Gritaba, pero la música era ensordecidora y de nada servía. Levanté mi brazo y al ser un arma de repetición, tipo revólver, muy sensible al tacto, se accionó por tercera vez. Vi caer su cuerpo y me di cuenta de que le había disparado en la cabeza. ¡Qué horror! ¡Maté a mi amor sin querer!

Yo ya había tomado una decisión y, sin saberlo, él también: matarme. Podrán pensar que por qué no huí, como muchos me han dicho. No lo hice porque lo que pasó fue por tratar de defenderme o, por lo menos, así pensé. Mi razón más importante era que me debía hacer responsable, en el grado que fuera posible, con justicia y honor, que era lo que me había movido a lo largo de mi vida. Lo peor de este caso fue que creí que la autoridad tomaría en cuenta todos los antecedentes del hecho por el cual se me juzgó, pero no. Lo que importa, según el juicio de una juez, es que lo maté. Soy una víctima más entre tantas y tantas mujeres que por amor soportan lo que una mujer sana del corazón no toleraría. Estoy segura de que, como yo, existen personas que, por miedo a estar solas o a la ineptitud de las autoridades, deciden callar y sufrir su propio infierno sin ayuda de nadie. Muchas de nosotras somos juzgadas duramente, tanto por la sociedad como por una familia dolida, como la de Alfonso, que sin conocer a fondo cómo

vivíamos ni, mucho menos, las circunstancias de tiempo y forma, piden que se me castigue más y más, como si con eso él y yo recuperáramos la vida. Porque yo estoy muerta en vida, llorando a diario mi pérdida de libertad y la de él.

Sé que en mis manos estuvo frenar a tiempo esa situación de maltratos de todo tipo, pero no lo hice por tonta y por no tener el valor de aceptar que era una relación enferma para la cual no había un antídoto, medicina o brujería que pudiera curar el exceso de confianza de mi parte al vivir con mi enemigo bajo el mismo techo, con él, que terminó con todo. Vivo aquí, impotente, viendo el tiempo pasar, con dos hijas adolescentes que me necesitan. Me duele ese trabajo que era mi vocación, mi independencia. En fin, de nada sirve lamentarme porque mi presente es éste, encerrada, pero no tan sola. Me cuidan custodias mujeres, cada una es una historia distinta, a las que agradezco sus atenciones y su labor. También a mi amiga Yolanda, a mi hija Michelle, a Sofía, a todos y cada uno de los que en este reclusorio trabajan. Hoy, sobreviviendo en la cárcel, he conocido tantas historias, tantas mujeres, pero eso no quiere decir que yo esté bien. Noche con noche analizo y veo mi situación, que es realmente preocupante. Desde que llegué me pregunto: “¿Por qué a mí? ¿Por qué nadie me ayudó a tiempo?” Y una sola respuesta: ¡Sentenciada a dieciocho años con nueve meses por homicidio!

Qué fácil lo escribe la autoridad. Sé que quien me juzgó, una licenciada, mujer como yo, puede ella misma o alguna integrante de su familia pasar por lo mismo. Pero éste es el mundo real, reducido a cuatro paredes. Una que otra desafortunada mujer que por aquí pasará, como las demás. A veces me pregunto si no hubiera sido mejor morir, pero levanto los ojos al cielo y encuentro la respuesta: vivo porque la vida y Dios así lo decidieron. Lo que me toca a mí es ser fuerte, aunque a veces mi ánimo se tambalee. Seguir, seguir como la gran guerrera que soy. A ti, mujerzuela que interviniste en mi vida y en mi muerte en vida, rencor no te

guardo, que Dios y la vida se encarguen de ti. A los familiares de él: algún día sabrán que cometen un error; y para mí, que Dios me dé la fuerza y entereza que necesito para librar este obstáculo, sin duda el más grande de toda mi vida. Bendiciones para quien se tome el tiempo de leer mi historia.

Y una petición que no está fuera de lugar: ojalá que estos escritos no se queden en un escritorio y ayuden a quien se pueda. Hace falta asesoría y apoyo a mujeres maltratadas en todos los municipios, no nada más en las grandes ciudades. Todo esto está a la vista y no hacen nada. No hagan distinción de religiones, grupos étnicos, color, posición social, sólo ayuden. Únicamente pido una cosa: justicia para mí y para todas las mujeres que se encuentren en la misma situación.

Tomen en cuenta antecedentes. Sólo espero que mi condena sea justa y que Dios me perdone, porque sólo Él sabe que no lo hice intencionalmente.

Centro de Readaptación Social Lázaro Cárdenas
Sahuayo, Michoacán